

El descuido que acabamos de citar solo ataca la reputacion del marido; pero hay otros que hieren á ambos consortes en la parte mas sensible, en el honor!... ¿Eh? ¡Canario! ¿Y quién lo hiere? El cajista. ¿Y con qué armas? Con el cambio de una Z en S, con el de una B en L, y con otros proyectiles tan insignificantes como los ya dichos. La alteracion de dos letras son suficientes para convertir un patronímico en adjetivo, y un nombre propio en un epíteto impudente. Veamos si no la siguiente tarjeta de un honrado matrimonio, que vive en la 2ª calle de San Ramon, número tantos. Veámosla, y pidámosle á Dios nos libre de un mal *Cajista*; calumnia viviente, difamador de carne y hueso:



La lectura de semejante tarjeta, dirigida por los inocentes D. Toribio y Dª Bibiana, te harán ver una invitacion parecida á la de aquel célebre rótulo que decia: *Aquí se saca pelo al que no lo tiene, sin resulta alguna...* Por fortuna la esquila y tarjeta anteriores solo circularon en clase de *pruebas* entre los dueños de los *originales*. La impresion era urgente; los interesados querian ver la *prueba*, y el cajista se las presentó antes de que fuera leida y corregida por el *corrector*; bien que si hemos de ser sinceros, este último personage, encargado de *enderezar los entuertos* del cajista, suele perder los estribos y dejar las cosas en su estado primitivo. ¡Oh! el corrector de imprenta es un ser curioso á quien pronto daremos á conocer. Es una máquina que tiene por oficio repartir puntos y comas, lo mismo que una vieja repostera reparte, á ojo y sin contar, pasas, piñones y grajea en un platon de bienmesabe.

Hasta aquí hemos manifestado los conocimientos del cajista en el arte de *componer* descomponiendo. Mas antes hemos dicho que es un *hombre de letras*, y es necesario presentar una de sus composiciones literarias. Para ello nada será mas á propósito que dar al público una de sus cartas amorosas, y cuya carta me tomo la licencia de poner en verso á ruegos del interesado, y por la misma razon que un boti-

cario dora las píldoras; esto es, no para hacérselas pasar al enfermo, sino para hacernos creer que tienen algun valor. Mas ¡cuidado! Esta pulla amostaza á nuestro personage y él mismo es quien va á manifestarnos sus talentos en el arte de la rima. Leamos:

Incomparable *Atanasia*, (\*)  
De amor perfecto *modelo*,  
*Tipo* que bajó del cielo  
Cual *prueba* de amor y gracia:  
Los *rasgos* de esa hermosura  
En mi alma *impresos* quedaron  
Cuando mis ojos miraron  
Tan *corregida* figura.  
Desde entonces pruebo inmensa  
La *pasion* mas *condensada*,  
Y ella, mujer adorada,  
Me tiene *metido en prensa*.  
Tal vez lo dicho la *hostigue*,  
Mas el callar no *soporto*,  
Porque dicen que el que es *corto*....  
Ya sabe V. lo que sigue.  
Por eso, *cándida perla*,  
*Compongo* esta carta indigna  
De usted, á ver si se digna  
*Línea á línea* recorrerla.  
Tal vez halle en su *lectura*  
Siempre la misma *glosilla*,  
Y sienta cual *pesadilla*  
El *testo* de mi *escritura*;  
Pero, señora, no á *tina*  
Mi amor á encontrar *consuelo*;  
Me *acaballo*, me *empastelo*,  
Y pena ruin me domina.  
Ay! *piedad*, criatura bella!  
Vea V. que mi *corazon*  
*Tiene sobrada presion*  
Y *está quedando con huella*;  
Y si V. mi negro mal  
Con su *desden* hoy renueva

(\*) *Atanasia* se llama la letra de imprenta mas grande que la de *lectura*, y menor que la de *testo*.

Nunca quedará la prueba  
Conforme al original.

—Lo dicho hasta aquí es un título  
Que disculpa mi osadía:  
Perdon, pues, amada mía,  
Y vamos á otro capítulo.

—Ya corregí de segundas  
Al estudiante novel  
Que quiso hacer un pastel  
Con sus chismes y barahundas.

Juzgo que al papá de usted  
No le formará ya embustes,  
Porque le hago sus ajustes  
Y lo imprimo en la pared.

Que haga tal, y le administro  
Velas, cajón y mortaja,  
Y así metiéndole en caja  
No se saldrá de registro.

Fuera, pues, temores vanos!  
Lo que importa es ver ligadas  
Cual dos ramas enlazadas  
Nuestras conyugales manos.

Y así espero satisfecho  
Un sí que mi alma enajene,  
Hiera el tímpano y resuene  
En las galerías del pecho.

Yo tengo la imposición  
De levantarme á las diez:  
Por tanto; entredos y tres  
Asómese usted al balcon;

Que al pié de él con firme planta,  
Espaciando su impaciencia,  
Aguardará su sentencia  
Su adorador

Juan Volanta.

Ahora, paréceme en vano hacer un juicio crítico de la carta anterior. Ella manifiesta lo que es nuestro hombre en sus amores, lo que es en literatura, y sobre todo, indica la manera con que sabe tratar á sus rivales: y es digno de observarse que así como para el *Cajista* las dicciones *criatura*, *barahunda* y *sea* son iguales á otras voces de tres y

una sílaba, y *Atanasia* y *gracia*, diez y tres son perfectísimos consonantes; del mismo modo su acendrado amor, la que lo inspira y los útiles de imprenta vienen á ser una sola y misma cosa. En efecto, una muger para el *Cajista*, (no se olvide que hablamos del que es malo) viene á ser igual á una planta á quien despues de haberla metido en prensa, puede distribuirse sin el menor escrúpulo.

Hasta aquí hemos procurado dar una idea del mal *Cajista*: ¿qué nos falta ahora? Bosquejar el bueno. A ver; veamos quién es el bueno. —Pues señor, el bueno es... es el mismo de quien antes hemos hablado. Sí, señores, el mismo; porque nunca puede ser malo aquel individuo que está dispuesto á trabajar hasta en los días feriados; que oye misa y anda en las procesiones; que ama la limpieza; que adora la santidad; que es franco y liberal hasta el desperdicio; que gusta de teatros que le instruyan y de bailes que le diviertan; y en fin, que le agradan las flores aun cuando pertenezcan á otro jardín que no sea el suyo. Además de las buenas cualidades que acabamos de referir, el *Cajista* tiene otras muchas. Ama su profesion ó ejercicio; procura siempre ennoblecerlo; conserva en él cierta dignidad aristocrática, y jamás lo deshonorá con acciones viles. Un *Cajista* que hiciera *San Lúnes*, sería visto con horror por todos sus compañeros! Verdad es que rinde su poco de adoración á tal santo; pero regularmente la tributa en la misma imprenta, y los holocaustos y sacrificios que ofrece á aquella deidad, consisten en charlar con sus compañeros, fumar mayor número de cigarros, y salir de la imprenta veinte minutos antes de la hora acostumbrada. Hé aquí por qué á nuestro personaje lo hemos colocado en el primer día de trabajo que tiene en la semana.

Tocante al arte que profesa, mas de una vez hemos oido y visto con orgullo que los estrangeros y personas que han viajado por Europa, admiran la disposición, buen gusto y genio fecundo que tiene nuestro cajista, para disponer esos marcos y portadas conocidas con el modesto nombre de *remiendos*, y esos inmensos cartelones que se emplean en los anuncios de grandes y pequeños espectáculos.

Aun podriamos enumerar otras muchas cualidades que posee el cajista, pero...

—Pero, señor! el cajista, en suma, es bueno ó es malo?

—Yo no lo sé.

—Cómo! ahora salimos con esas...?

—Ya lo dije. No sé á punto fijo lo que es un *Cajista*, ó por mejor decir, ignoro lo que debo responder.

—Pues entonces, quién debe saberlo?

—Tampoco lo sé.

—Mire vd. qué gracia...! Dejarnos en ayunas despues de tanta charla. Sabe vd. siquiera lo que ha escrito?

—Eso menos que todo.

—Pues entonces....

—Mira, lector: yo he escrito el presente artículo sin saber lo que escribía. Sin embargo, para sacarte de dudas, sábetelo que si oyes á algun *Cajista* declamar contra las primeras páginas del presente artículo, puedes desde luego jurar á mil cruces que en él ha encontrado su **RETRATO**.—É.

Abril 26 de 1855.

